

a mi modo de ver, puesto que el misterio no es plagio. Las interpretaciones de hechos como éste siempre quedan abiertas a la sagacidad de investigadores con muchísimo tiempo que perder. De Manuel Pacheco tal vez me ocupe en otra ocasión y ojalá no vuelvan a presentármese estos misterios. (Si al poema de Pacheco le ponemos el título, «Todavía», hasta tendremos el mismo número de «líneas» impresas.)

Si con esta nota consigo que alguien se interese por la poesía de Roberto Juarroz, daré por bien empleado el dolor de cabeza que ahora va a producirse. Porque uno está acostumbrado a «cazar» plagios, pero no milagros como el comentado.—JUAN QUINTANA (*Matadero, 4, Migueláñez, SEGOVIA*).

Religión y clero *

En las densas y apretadas páginas de este libro, su autora nos enfrenta desde la Introducción misma con la tesis esencial que no es otra que «la evolución del género novelístico como fuente histórica», ciñéndose al período comprendido entre los años 1849-1915, de gran fecundidad narrativa y especialísimo signo en el caso español, pese a las concomitancias y relaciones evidentes autoriales y de grupo con la novelística europea del momento. Para ello ha tomado como hilos de Ariadna el tratamiento que Religión y Clero reciben por parte de los novelistas españoles decimonónicos.

La materia aparece agrupada en dos grandes capítulos, cada uno de los cuales aborda el tema desde actitudes distintas pero complementarias, socioliterarias el primero y más específicamente historicista el segundo.

Dentro del primer capítulo al estudiar «Religión. Concepto y práctica», asistimos al hallazgo sorprendente de la uniformidad de los autores estudiados ante la concepción del hecho religioso, sean cuales sean sus posturas ideológicas y políticas, sin que la excepción se produzca ni siquiera en Blasco Ibáñez. El recorrido pormenorizado a través de Valera, de Clarín —faceta ésta de interés para muchos y, sin embargo, nunca estudiada con la variedad de matices con que este libro se afronta—; la visión unilateral y simplista de Coloma; el «ritornello» que la religión supone en la vida y la obra de Fernán Caballero; el concepto religioso convertido en ancla que fija y sostiene la existencia de Pardo Bazán en medio de sus múltiples y variopintas experiencias vitales; el eje que supone en el quehacer novelístico alarciano; la indudable religiosidad dialéctica de Galdós, en quien todos los dramas espirituales de su tiempo encontraron eco, y el sorprendente «laicismo» de Pereda

* SOLEDAD MIRANDA: *Religión y Clero en la gran novela española del siglo XIX*. Eds. Pegaso, Madrid, 1982, 281 págs.

dentro del grupo, son facetas que se van desgranando ante los lectores, convenientemente aderezadas de precisas citas documentales a pie de página.

Sigue el estudio pormenorizado de la concreción de la vivencia religiosa en los autores y obras de la Generación del 68. Galdós es quien ofrece la visión más esclarecedora y completa al respecto, mucho más patente y veraz en los personajes secundarios que en los protagonistas, sin que, en ningún caso, la concepción espiritual encarnada en sus héroes sea de corte granítico, antes bien, cierto relativismo se vislumbra siempre, aun en las conciencias más firmes, con un original planteamiento del fenómeno místico, supuestamente inalcanzable para hombres de su época. Palacio Valdés y Clarín, Valera y Pardo Bazán, son coincidentes con Galdós en su posición crítica ante la sobrevaloración del fenómeno místico, sobre todo si se la contrasta con la praxis religiosa gris y achatada de sus contemporáneos.

El grupo de Fernán Caballero, Pereda y Alarcón, mediante personajes instalados en la certidumbre, desintonizan en gran medida con las inquietudes de ciertos grupos de intelectuales de su tiempo. Interesante el planteamiento que la autora encuentra en Blasco Ibáñez, a quien estudia pretendiendo encerrar el núcleo religioso de la acracia, formulándose la pregunta «¿Acaso no hay en Blasco Ibáñez la creencia en la necesidad de un misticismo anarquista?», parcialmente contestada en las páginas siguientes. En el epígrafe en que se estudia la religiosidad masculina frente a la femenina, Soledad Miranda ha sabido conectar con la adecuación entre tratamiento novelístico y realidad social, sin que ninguno de los autores por ella estudiados discrepe al respecto.

La personalización y praxis del mensaje religioso la ofrece la autora en torno a dos pilares clave: la fe como «presupuesto básico de la noción religiosa», y la caridad, entendida como «la expresión más acabada de una religiosidad operativa, encarnada». Los novelistas se enfrentan a la fe y a la caridad con diferente intensidad y actitud. Puede decirse que la antinomia fe/incredulidad, leit-motiv de los relatos novelescos, no es exclusiva de ellos, y que la prensa diaria y otras manifestaciones escritas varias contemporáneas ofrecen iguales consideraciones.

El problema de la fe se ofrece con mayor sagacidad psicológica y artística en las obras palaciovaldesianas. Pereda, con una visión tópica del problema, incardina perfectamente con la realidad social de su tiempo. Es superficial el tratamiento que Fernán Caballero concede a las relaciones fe/increencia. Variedad de matices y escasez de profundidad psicológica, en Coloma. Interés más individual que colectivo por el problema, en Alarcón. Una mayor complejidad en Valera. Esquematismo en el tratamiento, pero enjundia en lo conceptual, cercano en ocasiones al krausismo, en Pardo Bazán. Sólo una cierta obsesión por el tema en Galdós. Autobiografismo latente en el planteamiento de Palacio Valdés. Y posturas antitéticas en el caso de Blasco Ibáñez —en quien fe y ciencia son incompatibles «per se», con la novedad de que en el enfrentamiento entre el catolicismo español y el europeo se refleja el reaccionarismo del primero frente a la sensibilización ante el hecho científico del segundo. Y Clarín, en quien dentro de una cierta indefinición, se manifiesta partidario de que la oposición fe/ciencia no tiene por qué concluir fatalmente con la exclusión de una de ellas.

La caridad considerada como sucedáneo de la justicia por la «incapacidad de la ciencia de armonizar los antagonismos de clase» (en Galdós), corolario inevitable y

natural de la fe (Pereda y Fernán Caballero), no es tema que cobre especial interés en el resto del corpus novelístico sometido a investigación.

Sobre cuál era la realidad religiosa del pueblo español en el período estudiado, la documentación novelística ofrece, igual que en postulados anteriores, gamas cromáticas de distinta intensidad y oscilante temperatura anímica. El catolicismo se reconoce por todos estos autores como algo consustancial a la vida española, si bien a menudo contemplado desde un pasado nacional al que el futuro tendría que dar acogida, con la evidente particularidad de que cada autor pretende implantar como exclusivamente válida la coordinante con su propio «modus interpretandi».

Por extraño que pudiera parecer, al tratar este aspecto las posturas agrias y enconadas no afloran en los textos novelísticos.

El capítulo II, Visión histórica de la Iglesia española, nos gratifica con un recorrido histórico-literario a través de uno de los períodos más críticos de la historia de España. La autora del libro ha sabido aunar su natural historiador con su vocación literaria, ofreciendo una síntesis valiosísima de aquellos eventos que mayor incidencia tuvieron para los españoles decimonónicos, y el diverso tratamiento que los mismos sufrieron en las plumas de sus grandes novelistas, como corresponde a las diferentes, aunque próximas, fechas que cada uno protagonizó, la distinta preocupación y documentación historiográfica y los períodos cronológicos objeto de su obra creativa. Poca repercusión novelística en general ofrece la actitud de la Iglesia al final del Antiguo Régimen; escasísimamente también aparecen novelados el reinado de Carlos IV y la Guerra de la Independencia —con notoria distinción entre los escritores andaluces y los demás, salvo Galdós que ofrece «distinto ritmo y planteamiento historiográficos con relación a su corpus novelístico».

El anticlericalismo literario, menos extenso de lo que a simple vista pudiera pensarse, pero de gran trascendencia por la fama y proyección sociológica de autores y obras, es estudiado por la autora del libro que nos ocupa como un posible capítulo que la investigación historiográfica no debe descuidar.

El fenómeno desamortizador, presidido por la vesania y el caos (Fernán Caballero), considerado como el inicio del diluvio universal (Alarcón), se contempla agudamente como coadyuvante a la transformación de la estructura social de la España ochocentista (Blasco Ibáñez y Galdós de forma intensa; esporádicamente, pero con gran acierto, Valera, Pardo Bazán y Palacio Valdés).

Con gran recurrencia sobre todo en lo que se refiere a su segundo período, las guerras carlistas se convertirán en uno de los temas más atractivos para la novela decimonónica española. La adhesión casi masiva del clero del norte y noroeste español, algo menor de los del centro y casi nada en el sur a la Causa del Pretendiente, será tratado como en otras ocasiones desde distinta perspectiva e intensidad por los autores citados. Las páginas dedicadas al tema en este libro son suficientemente pormenorizadas e ilustrativas al respecto.

Con gran sorpresa, el tema inquisitorial no aparece ni con fuerza ni con categoría de circunstancia decisiva en las novelas decimonónicas. La autora ve el hecho bajo el criterio de tratarse de un «tema tabú» tanto para eclesiásticos como para laicos y «sólo los propagandistas de uno y otro bando la hicieron objeto de continua requisitoria y

apología». Alusiones muy esporádicas y, una vez más, divergentes, se expresan por cada uno de los autores sesentayochistas.

Que «pueblo y masonería marcharon por caminos completamente divergentes» es cosa fácilmente comprobable tanto en Galdós —el autor del grupo más preocupado por el tema— como en Pereda, Pardo Bazán y Valera; Clarín lo consideraba asunto de escasísima importancia; en Alarcón casi no existe; se omite en Fernán Caballero y únicamente el P. Coloma presta a la conspiración masónica el carácter de «elemento vertebrador y político de su tiempo».

Y en cuanto a la Restauración, la aparente serenidad que simula planear sobre este período histórico, parece alcanzar también al mundo de ficción. La autora del libro resume y documenta brevemente las relaciones pendulares que Iglesia y Estado habían venido manteniendo con anterioridad: duelo y hostilidad durante la septembrina; beligerancia eclesial en el sexenio democrático: incidencia del carlismo, secularizaciones, asimilación espiritual por otros credos religiosos de apóstatas del catolicismo, reacción política y social ante estas actitudes, etc. La novela empieza a documentar más o menos «in extenso» el tema del caciquismo electoral, recogido magistralmente por Palacio Valdés, Galdós y Pardo Bazán, y con ausencia casi absoluta, sorprendente pero significativa, en los autores del sur y de Blasco Ibáñez. Sin embargo, con la Restauración, la cuestión religiosa disminuye considerablemente en la narrativa decimonónica —salvo breves alusiones a la implantación de nuevas comunidades regulares masculinas y femeninas, mejor tratadas siempre éstas que aquéllas por los autores españoles—. Soledad Miranda plantea varios interrogantes sobre este aminoramiento temático, si bien lamenta no poder aportar ninguna respuesta lo suficientemente satisfactoria al respecto. Como en otras ocasiones, Galdós, Palacio Valdés y Pardo Bazán son en este punto los mejores ilustradores. Sin embargo, y pese a la aparente serenidad del período tratado, la violencia latente se consolida como «verdadero telón de fondo de casi toda la problemática religiosa explícita o implícita en la literatura decimonónica». La Pardo Bazán con su bagaje de relaciones y experiencias vitales y Galdós desde su postura radical, dejan un friso valioso por la fidelidad cronológica con que pueden seguirse en sus textos desde un punto de vista historiográfico los temas aquí tratados. Blasco Ibáñez introduce la nota diferencial no sólo por el tratamiento fiel y personalísimo que hace del Poder y de la Iglesia, sino por ser el único que ofrece en sus páginas noticias sobre el incipiente tema del nacionalismo vasco y sus implicaciones de carácter religioso.

En conclusión, *Religión y Clero en la gran novela española del siglo XIX*, se nos ofrece como un libro bien estructurado, elaborado con minuciosidad y primor en la elección de los textos documentales que reflejan el profundo conocimiento de fuentes literarias directas, así como la lectura reflexiva de una amplia bibliografía de base histórica y literaria que permite a la autora consolidar juicios y abocetar cuestiones de primer orden, muy interesantes para la historiografía futura especializada.

La novedad del texto no radica exclusivamente en el tema —sólo fragmentariamente tratado por algunos especialistas y sacrificado en la mayoría de las ocasiones en aras de otros aparentemente más enjundiosos—, sino en el aire nuevo que introduce un historiador al posar sus ojos sobre un género que, como el novelístico, ha gozado